



MELCHOR OCAMPO

1814 -1861.

I

A fines de Marzo de todos los años del principio del siglo diez y nueve, venía de la hacienda de Pateo á la metrópoli virreinal la señorona doña Francisca Javier Tapia. Una caterva de payos y majas—que andaban á la ventura las calles todo el santo día apenas pisaban la ciudad, fijándose en todo, abriendo tamaña boca por cualquier cosa, arrimándose en desorden á la puerta de las tiendas para ver y hablando fuerte de pura sorpresa—indicaba á la gente del gran mundo que la opulenta ranchera de la provincia de Michoacán había llegado á pasar la Semana Santa. Todo lo que traía era grande: gran avío, gran servidumbre, gran lujo y, por sobre todo esto, su

gran caridad. Así, ranchera de la doctrina de Maravatio, tenía seductora conversación, que salpicaba de citas históricas y literarias. Había leído de cuerito á cuerito á Calderón y ante su inteligencia era preciso ir á tientas para no tropezar con su causticidad. La buena señora, que siempre causaba ruido á su llegada, se iba después de Corpus.

En la revolución de Independencia tuvo relaciones demasiado estrechas con el Lic. D. Ignacio Alas, que vagaba por los vericuetos de Michoacán, escapando de la tropa realista que le perseguía por sedicioso contumaz. De vez en cuando abandonaba su vida de hurón en la espesura de Cópore y descendía á Pateo, para estar al abrigo seguro de la propietaria.

La señora, en una de tantas idas y venidas, luego de pasada la Semana Santa en 1816, se llevó consigo á un niño, nacido el 6 de Enero de 1814, cuyo cuerpecito parecía consumirle desapiadadamente el clima de México. Se lo llevaba para tenerle muy cerca, para resguardarle de las tempranas amenazas de la muerte, con el amor maternal que le profesaba. El niño creció en Pateo bajo la perseverante y tierna vigilancia

de la Sra. Tapia, que se desvivía por él. 1

En la hacienda se refugiaban ciegos, paralíticos, ancianos y huérfanos, y se creían

1 Don Austasio Rulfo nos escribe de Talpujahua, con fecha 19 de Noviembre de 1900, proporcionándonos los siguientes curiosos datos, dignos de tenerse en mucha cuenta en esta biografía:

«Deseoso de complacer á vd. recabando algunos datos ciertos, respecto á actos generosos del Sr. Ocampo, ningunos adquirí, por la razón de que si no fué en su juventud, poco estuvo en este Mineral.

«Lo que yo sé de cierto es: que el Sr. Ocampo nació en la hacienda de Pateo, quizá por los años de 1817 al 20, época en que mi tía abuela D^a Josefa Rulfo estaba destinada, decían, como Administradora.— La madre fué D^a Francisca Xaviera de Tapia, quien valiéndose de D^a Josefa, lo hizo aparecer como expósito; quedando en el misterio el nombre de su padre, aunque con toda seguridad puedo decir que no fué el Sr. Alas de que me habló vd. Quizá dió lugar á esa versión, á lo menos por el apellido, la circunstancia de que sus primeros años los pasó D. Melchor al lado del respetable sacerdote D. José María Alas, vicario en esta Parroquia, quien vino por los años de 1820 ó 21 y permaneció hasta su fallecimiento el 18 de Julio de 1844. Dicen que con él hizo sus primeros estudios, y lo prueba que siempre que venía á este Mineral, indefectiblemente iba á visitar el sepulcro, permaneciendo arrodillado algún rato. Personas hay aquí que lo presenciaron en Septiembre de 1858 que por última vez visitó esta población, invitado por la Junta Patriótica para pronunciar la oración cívica el 16 de ese mes.

bien amparados de la miseria con el pan de cada día que les daba la propietaria.

Cuando el niño supo hablar y fué gran-

«D^a Francisca fué hija legítima de D. José Simón de Tapia, Capitán de Milicias Provinciales y dueño, en 1799, de la hacienda de Pateo; y de D^a María Gertrudis Lorenza Balbuena, natural del pueblo de San Juan Maravatío. Sus padres fueron: D. Alexo Balbuena y Figueroa y D^a María Gertrudis Micaela Sánchez Picazo. Ignoro el nombre de los padres de D. José Simón de Tapia.

«Repito que el nombre del padre del Sr. Ocampo yace en la tumba con D^a Josefa, única poseedora del secreto, y cualquiera nombre que digan, no será más que suposición. En mi memoria conservo uno; pero como no tengo perfecta conciencia, no me atreveré á pronunciarlo, sin embargo de que estoy seguro de que no habría quien, con documentos, pudiera desmentirme.»

En la *Historia del Congreso Extraordinario Constituyente*, página 62, se lee:

«22 DE FEBRERO DE 1856. Presentó el juramento de estilo el Sr. Ocampo, diputado por Michoacán, por el Distrito y por el Estado de México. Quedará representando al primer Estado, EN RAZON DE NACIMIENTO.»

En cambio, D. Ezequiel Montes, notable hombre público y contemporáneo de Ocampo, afirma que éste nació en la ciudad de México, en la primera mitad de la segunda década del siglo diez y nueve.

Tenemos una prueba palpable de que D. Melchor fué hijo del Lic. Ignacio Alas: la prueba es un retrato de D. Ignacio Alas, hijo de éste, el cual retrato, con-

decito, se le mandó al sacristán mayor de la parroquia de Maravatío, Sr. José Ignacio Imitola, que á juicio de los vecinos alumbraba con su ciencia y era un santo por sus virtudes.² A un paso de Pateo, á la vista de la que hacía veces de madre, el niño no extrañó la ausencia. El sacristán puso manos á la obra, desempeñando tan á maravilla su tarea de educación é instrucción y por tan fácil camino que al pequeño le entraba luego todo en el entendimiento. Cierta día el maestro presentóse á Doña Francisca Tapia, llevándole al educando.

—Señora, aquí tiene usted á su niño; no le puedo enseñar más: todo lo que sé, lo sabe ya.

templado desde diversos puntos de vista, hasta parece ser del mismísimo Ocampo.

2 D. Tirso Tinajero, conocido liberal de Maravatío, nos dice: «El P. Imitola nació en Morelia, supongo que á fines del siglo diez y ocho, y fué catedrático de moral en el Seminario de aquella ciudad. Durante su residencia en esta población ejerció el cargo de sacristán de la parroquia. Según mis noticias, fué un hombre de ingenio agudo y de un carácter sumamente original; perteneció á las familias Balbuena y Urquiza, pues era primo hermano de la señora esposa del Dr. Patricio Balbuena.»

—Padre, disponga usted de él.

—Pues á mi lado no puede aprender más. Tiene mucha inteligencia, mucho talento; todo lo aprende, todo lo abarca.

—En sus manos lo pongo. Usted sabe lo que hace.

El Sr. Imitola tuvo á bien que viniese á México el niño, para que perfeccionara su educación primaria. Paró en la casa del Lic. Ignacio Alas, en la calle de Balvanera número 7, y estuvo sujeto á la férula de un maestro de escuela á la antigua, que tenía su establecimiento en la calle de la Aduana Vieja. Entonces estaban en todo su reinado despótico la palmeta, las orejas de burro y el chicote.

Llegó día en que el maestro azotó al niño. No había terminado el castigo, cuando el alumnillo, fuera de sí de ira, se le encaró al verdugo y le dijo:

—Usted no tiene derecho de servirse de mí como de un criado. . . . Además, la Constitución de 1824 prohíbe severamente á los maestros que maltraten á los niños. Me quejaré á mi tutor y pagará usted una multa de veinticinco pesos, por haberme pegado.

El maestro, sorprendido con la inespe-

rada actitud del niño, le dejó en la paz. La escuela, que gritaba en coro la lección, pasó de súbito al silencio, clavó sus ojos, abiertos de admiración, en el animoso que había sufrido la azotaina y quiso saber su nombre: se llamaba Melchor Ocampo.

Al poco tiempo partió á Morelia, recomendado al cura Meléndez, ciego de puro viejo, profesor de moral en el Seminario Conciliar. Ocampo entró de interno en el plantel y cursó á la usanza de aquella época: mínimos, mayores, Lógica, Metafísica, Ética, Matemáticas, Física y algo de Derecho. Seis años, durante los cuales el latín se llevó la mayor parte.

Dicen que cuentan que llegó á ser bachiller en Filosofía.

Vino por segunda vez á México, para continuar sus estudios de abogacía en la Nacional y Pontificia Universidad. Allí estuvieron Manuel Alas, hijo de Don Ignacio, y él. En vacaciones iban juntitos á visitar al cura Uranga á Morelia, al tío José María Alas á Tlalpujahua y á Doña Francisca Tapia á Pateo.

Hizo su pasantía de abogado en el bufete del Lic. Espinosa Vidarte, Ministro de Justicia en la administración de Bustaman-

te. Sustentó brillantemente su noche triste el año de 1831; pero rehusó el título, porque su carácter pugnaba con la pícara manera de ejercer la profesión.¹

Ese mismo año falleció Doña Francisca Tapia, su bienhechora, su madre de veras. El fué el único heredero de los cuantiosos bienes de fortuna de la finada. A los 17 años de edad, casi hecho un hombre, quedaba bajo la tutela, por ser el albacea, del Lic. Ignacio Alas, un perfecto liberal, honrado y severo, que infundía respeto con su mirada y su palabra. Ocampo dió entonces rienda suelta á su indomable pasión por el estudio. No quería vivir más que para la Física, la Química y la Historia Natural. Llevada su inteligencia á otras esferas del saber, hizo muy suyas la sal ática de Sterne, las ideas políticas de Quinet, la filosofía de Voltaire, las intransigencias de Proudhon y la vida de Rousseau. Su favorita entre las ciencias fué la Botánica, á que se dedi-

1 D. Ezequiel Montes dice en la oración fúnebre que pronunció ante el cadáver de Ocampo, el 6 de Junio de 1861: «Sus padres quieren dedicarlo á la noble profesión de abogado; pero el joven lo rehusa, porque teme separarse de la justicia en el ejercicio de la abogacía; deja, pues, el estudio del Derecho.....»

có con el alma y la vida. Descubrió y clasificó nuevas plantas. Tenía ese *visu* que distingue al naturalista de vocación y ese prodigioso poder de retentividad para los miles de nombres latinos revesados y rebeldes al recuerdo.

Estudió con igual empeño la Química. Cierta vez, en su laboratorio ardía una lámpara, abrigada por un hornillo; encima había una retorta, conteniendo quién sabe qué combinación. Esta no la perdía su vista, inquieta y ansiosa, como en espera del descubrimiento de un nuevo cuerpo, investigado por los diferentes grados de volatilización de las sustancias. En esa indecisión entre el hallazgo y el fracaso, un amigo se presenta, tapa intempestivamente la boca de la alargadera y la retorta estalla en mil fragmentos. El químico, al sentir la cara quemada y bañada de las sustancias hirvientes, cierra con fuerza los ojos y se le quedan adheridos los párpados. Se le creyó irremediamente ciego. Por fortuna, un sabio médico, á quien no abandonaron la paciencia y la esperanza, tuvo tal empeño en volverle la vista, que salió airoso de su deseo.

Un día del año de 1840, de la noche á la

mañana, el joven desaparece misteriosa y trágicamente de México y va á dar á Europa. Primero, transeurridos algunos días de ausencia, llegó á la casa paterna Manuel Alas, que era inseparable de Ocampo. Refirió muy formal á su padre, D. Ignacio, que unos enmascarados habían plagiado á su hermano, unos «hombres negros» le habían sorprendido, le clavaron puñales en el lado izquierdo del pecho, le causaron cuatro heridas y aprovechando la pérdida de su conocimiento por el desangre, se lo echaron á cuestras y se lo llevaron.¹

Luego, el anciano, más por cariño entrañable que para quitarse de encima el peso

1 «Era la época en que se anunciaban los primeros síntomas de la separación del importante territorio de Texas, cuya pérdida para México no se debe más que á la intolerancia religiosa y á la política exclusivista del partido conservador. No faltaban entonces patriotas llenos de valor y de fe, que, provocando la zaña del hombre funesto, por cuya causa tantas desmembraciones sufrió nuestro antes riquísimo y extenso territorio, levantarán la voz en favor de los colonos de Texas, más bien dicho, en favor de los intereses nacionales. Uno de ellos fué el Sr. Martínez Caro, que reveló á la Nación Mexicana la oscura política de Don Antonio López de Santa-Anna y sus vergonzosos procedimientos en la acción de San Jacinto. Su folleto provocó la cólera del partido do-

de su responsabilidad de tutor, se puso á indagar el paradero de Ocampo. Descorrióse todo el misterio en Octubre de ese año, en que recibió del secuestrado una carta fechada en París, en que le descarga la conciencia. Allá estaba bueno y sano, muy pobre, pero contento.

Aquí en México, entregado al estudio con

minante, y la muerte del folletista fué decretada. Una muerte misteriosa y traidora, según la práctica de los hombres prominentes de ese partido.

«Una noche se verificaba una tertulia de familia en la casa del Sr. Lic. Alas. Ocampo, que había asistido á la reunión, salió á desempeñar un encargo de la esposa de su antiguo tutor. En vano se esperó su regreso durante toda la noche, en vano se le buscó en su casa al día siguiente. Ocampo había desaparecido y fueron inútiles las infatigables pesquisas que se hicieron para averiguar su paradero, hasta que un día, un amigo suyo, el Sr. Lic. D. Luis Couto (á quien debemos la mayor parte de estos apuntes), recibió un papel sucio y ajado, en que el Sr. Ocampo le avisaba, que al salir de la casa del Lic. Alas había sido asaltado por unos hombres desconocidos, había recibido dos heridas en el costado izquierdo y se le conducía por caminos extraviados, ignorando el destino de este viaje misterioso.

«Vamos ahora á decir lo que había pasado. Martínez Caro, autor del folleto contra Santa-Anna, tenía un completo parecido con el Sr. Ocampo, y los asesinos officiosos ú oficiales, al herir á este último, creyeron herir á la víctima designada. Cuando hubieron

inusitada perseverancia, soñaba en partir á Europa; y tropezando con la inquebrantable severidad del tutor, que no le permitiría el largo paseo por sus cortos años y su inexperiencia, lo lejos del lugar y lo peligroso del camino, fraguó el siniestro plan, para satisfacer su noble propósito: viajar, conocer, ilustrarse.¹

conocido su engaño dieron aviso, y entonces..... había que ocultar un crimen inútil. El Sr. Ocampo fué conducido á Veracruz; no faltó un nuevo Picaluga que llevase un pasajero, sin consultarle su voluntad, y el navío levó anclas y se perdió en las llanuras del Atlántico.

«Antes de ser embarcado, un amigo suyo que casualmente se encontraba en Veracruz, le proporcionó algunos fondos, que le fueron robados al llegar á L'Havre, en cuyo punto se le concedió marchar libremente á donde quisiese. Así entró á Francia, solo, desconocido y sin dinero, para vivir en aquel dispendioso país.

«Ya en el extranjero, el Sr. Ocampo, sin proferir una queja contra sus agresores, avisó el punto de su residencia y pidió recursos, que le fueron enviados de su hacienda. Entretanto le llegaban, se ocupó en hacer traducciones, viviendo con la pequeña suma que éstas le producían.» *Biografía del ciudadano Melchor Ocampo*, por Eduardo Ruiz, páginas 17, 18 y 19.

¹ Leemos en la oración fúnebre de D. Ezequiel Montes, pronunciada ante el cadáver de Ocampo: «Dueño de un rico patrimonio, resuelve hacer un viaje á Europa para ensanchar el círculo de sus conoci-

En pleno París, la miseria le castigó, sujetándole á prueba durísima días enteros, sin pan, sin hogar, sin amigos y hasta sin esperanza de mejoría.

Escribe á D. Ignacio y le dice en el encabezamiento de sus cartas: «Mi muy amado señor de todo mi respeto.» Piensa en todo y rara vez, pero resignado, en su pobreza. Las misivas vienen pletóricas de enseñanzas. Habla bella y razonablemente de la vida de París: describe el servicio de ómnibus y lo cautiva; va á Bicetre y lo describe á maravilla; visita al padre Mora y lo juzga «parcial como un reformista» y «un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas;» habla del invento del electrotipo y del corte de los «nervios por debajo del cutis para curar toda parálisis ó toda deformidad que dependa solamente de la contracción de los nervios, extendiendo y alargando los miembros como un rollo de cera de Cam-

mientos artísticos y científicos: las formas de gobierno, las costumbres, las maravillas de las bellas artes, y, sobre todo, los progresos de las ciencias naturales, absorben su atención; y nuestro joven vuelve á su patria, rico de conocimientos preciosos, que quiere difundir y practicar en bien de sus semejantes.»

peche;» refiere la consagración de un arzobispo, que le divierte mucho; critica rudamente el folleto *El país y el gobierno* del abate Lamennais, acabado de publicar, que denomina *panfleto*, recordando esta palabra del Sr. Gómez Pedraza, y pone al autor, por su insolencia y grosería, en parangón con el P. Alpuche, pero concediéndole más talento. Le viene un acceso de patriotismo al saber que «van á troquelar una medalla que conserve la memoria del triunfo de Ulúa.» Y prorrumpe, el 8 de Noviembre de 1840: «¡Sin vergüenza! Haber hecho una descarga de muchas balas y pocas horas contra unas paredes viejas, que tenían apenas un puño de valientes, debiera ruborizarlos antes que darles gana de eternizar en un monumento. Pero la posteridad es siempre justa: su juicio nos vengará.»

No pierde una sola de las sesiones de la Academia de Ciencias.

Está poseído de ansia inmensa de escribir. Llena el pliego de la carta que envía y prosigue con letra menudita en las márgenes, revelando sus sorpresas. A cada instante repara en la escasez de papel y advierte: «sin entrar en pormenores, porque

ya el papel se acaba,» «sería lástima dejar todo este papel blanco.» Le da tal tentación porque no se le quede nada en el tintero, que le llega á decir al severo de D. Ignacio: «Dispense usted el tono de libertad que he adquirido en este largo *post-scriptum*.»

No sacia su ambición de mirar, de escuchar, de preguntar, de andar, de referirlo todo. Sacrifica el sueño y tortura su estómago. El 10 de Enero de 1841 le dice desde Roma á su muy amado señor: «Llegué aquí el día mismo de Noche Buena; ni aun me *acosté* por asistir á una misa en San Luis de los Franceses, que comenzó á las diez de la noche, y otra en Santa María la Mayor, comenzada á las dos de la mañana y concluída á las seis.» Y renglones más abajo: «La víspera y el día de mi santo he estado en la Capilla Sixtina.» En otra carta, ya de vuelta á París, el 30 de Marzo del mismo año: «He terminado con felicidad, á Dios gracias, la vuelta de toda la Italia y de una gran parte del Sur de Francia y de Ginebra. He visto así Sens, Dijon, Chalons, Lyon, Valence, Avignón, Marsella, Tolón, Génova, Liorna, Roma, Nápoles, Florencia y Pisa, Boloña y Ferrara, Padua, Venecia, Man-

tua, Verona, Milán, Turín, Ginebra, Morez y Chambery. Es verdad que á veces mi estómago ha pagado el gasto, por no decir que casi siempre; pues ha sido preciso *ayunar* para ver todo esto; pero le aseguro que, por lo que he visto, vale bien la pena de *comer por algunos días sólo pan y manzanas.....* convendrá en que, una vez en Italia y con mis ideas, más fácil era consentir en un *suicidio* que en resistir la *tentación de ver.....*»

Hizo á pie el viaje á Italia y Suiza. «En el centro de Italia—escribe á su tutor—viajar á pie no debe presentar ningún inconveniente, según creo, y dará la ventaja de verlo todo bien de cerca.....»

Pinta á Roma y cuenta que su policía es inferior á la pésima policía del México de aquel tiempo y que en los Estados Pontificios hay más ladrones que en Río Frío y las Cruces. Le llama la atención la miseria que agobia á la capital del orbe católico. «La muchedumbre de mendigos es asombrosa: piden limosna el Papa, los cardenales, los obispos, los clérigos, los frailes, los magistrados, los empleados, los ciudadanos, los rancheros. Y el número de mendigos descarados (pues los otros se disfra-

zan con su mendicidad) es tal, que en la *Escala Santa*, iglesia donde se venera ¿lo creerá usted? la escalera de la casa de Pilatos, hay fijado un bando que prohíbe, bajo la pena de destierro de Roma y pérdida de lo colectado, pedir en diez varas á la redonda del templo, y lo que es más chistoso, previene á los fieles que *dar allí no es bueno.*»

Al contemplar las tierras que producen los vinos del Jura y de Borgoña, le renace su “antiguo proyecto de hacer una buena plantación de viña” en Pateo y resuelve en París á un tal Guard, “labrador honrado y laborioso,” á que venga á México á ocuparse en la jardinería. Luego manifiesta á D. Ignacio: “Yo no diré que he hecho grandes adelantos en mi arte; pero sí que he procurado fijarme todo lo que en él he visto y meditar detenidamente las aplicaciones posibles de ello. El sistema de agricultura es aquí tan diferente, que no puede plantearse entre nosotros ninguno de sus ramos, tal como se ven establecidos aquí.... cuente vd. con que si vivimos diez años, vd. verá á Pateo con un valor cuádruplo y con un aspecto enteramente europeo, en cuanto á la perfección y multiplicidad de

los cultivos. Estoy impaciente por ensayarme.”¹

Trabaja incesantemente para subsistir. Durante un mes el librero Lasserre le paga veinticuatro pesos. En la casa de Rosa y Salvá no halla de qué manera pasar la vida. Hay días en que está “más que á dieta.” Su estrechez llega á tanto que estuvo

¹ En compañía de D. Aurelio J. Venegas, periodista, y de D. Adalberto Maya, fotógrafo, acabo de visitar á Pateo, á la venta de Pomoca, á Pomoca y al rincón de Tafolla, haciendas, las cuatro, de Ocampo. En todas ellas está todavía su mano sapientísima de agricultor: árboles raros bien cultivados, todo género de frutos sabrosos y de flores exquisitas, injertos difíciles que son un prodigio. Hay allí hasta avenidas de cedros del Líbano y plantas hasta ahora desconocidas en la República.

Parte el corazón entrar en el jardín que cultivó el grande hombre con asiduo cuidado en la venta de Pomoca y que era una verdadera maravilla, á la cual visitaban los viajeros á su paso por el lugar. ¡Ahora es corral de ganado y no hay más que restos de su antigua grandeza!

El jardín de Pomoca ha desaparecido atacado con furia por la maleza, ayudada por el abandono. ¡Aquello todo es ruina y desolación!

En el rincón de Tafolla, la arboleda de variadas clases de frutos ha podido sobrevivir gracias á su desarrollo espontáneo. Pero aun así, salta á la vista la desidia. ¡Bajo su sombra, en las horas calurosas, se recoge el ganado y rumia!

á punto de ser sirviente de un ruso, que iba á Italia, y de un español, que proyectaba establecerse en Harlam; pero no perdió su libertad por treinta francos mensuales y la comida que le ofreció el primero, y por el carácter altanero del segundo. Le advertía á D. Ignacio: “Convencido de que una independencia honrada es el goce más satisfactorio de la vida, pensé en no buscar más protector que mi trabajo, ni más recomendación que una conducta sin tacha.” Y esto á pesar de que su “necesidad era grande, pues hasta su camisa la publicaba.” Con todo, no quería venir á México, para cuidar de sus intereses: “consentiría mejor en perderlo todo y mantenerme de *chifonero* que volver.” Tenía que triunfar aún de sí mismo: “este abandono, esta pereza española que hasta ahora comienzo á vencer.” Se dedica á escribir una obra: *Viaje de un mexicano á París*, la cual llama en la intimidad *Borradores del viaje de un mexicano á París*, dedicada á D. Ignacio, que será anónima para no atraer la atención. La pone en manos de Lasserre, quien, después de dar vueltas, le sale con que tiene tantas ocupaciones que no podrá imprimir la sino hasta pasado el invierno de 1840.

El 22 de Octubre le noticia á su tutor: "Ocúpome ahora de la definición de más de mil voces que he reunido de las que usamos en México y no son castellanas. Tengo ya trabajadas la A y la B, no toda; estudiadas las etimologías y las de muchas palabras mexicanas y casi asegurada la publicación por el Sr. Salvá, que habiendo prometido, en la última edición que hizo del Diccionario de la Academia Española, publicar en la inmediata un suplemento por las voces de América, no tiene quien le dé las de México; y me pagará mi trabajo." Se intitularía: "*Suplemento al Diccionario de la Lengua Castellana por las voces que se usan en la República de México.*" Y manifestaba: "como le doy día y noche, no acabará el invierno sin que lo vea cumplido." "Si al fin no puedo publicar lo que yo llamo *Borradores de mi viaje*, allá se los mando á vd., porque como los veo con ojos de padre, he dado en creer que contienen algunos datos curiosos." "Son las tres de la tarde (11 de Noviembre de 1840); estoy junto á mi ventana y sin embargo escribo á la luz de la vela."

No pierde el tiempo: cursa la cátedra de Agricultura práctica en el Jardín de Plan-

tas; asiste á la cátedra de Trigonometría, Agrimensura y "formación de mapas;" le da su nombramiento de agregado á la Legación al Sr. Garro; va, como á un espectáculo, á las iglesias de los diversos cultos y, al ver lo raro del ritual, hace supremos esfuerzos para no estallar de risa; traba amistad con el sabio Brongniart, director del Museo de Historia Natural, á quien regala "algunas frioleras," recibiendo en cambio semillas de plantas raras, y presenta á la Academia de Ciencias una teoría ingeniosa sobre construcción de puentes, que por la forma de la arquería pueden resistir todo golpe de agua por continuo, abundante y fuerte que sea.¹

Un día corre la voz por el valle de Maravatío de que D. Melchor Ocampo había regresado de Europa. Aparecía su hermosa figura, en medio del misterio de su partida y su ausencia de dos años, más radiante de virtud, como que su fortuna estuvo á punto de desaparecer á causa de su pródiga caridad para con todo el mundo.

¹ En el río que pasa frente á la venta de Pomoca, impetuoso y caudaloso en época de lluvias, hay un puente de cal y canto, obra de Ocampo, hecho según esa su teoría. Está intacto á pesar de contar muchísimos años de construído.

¿Había sido plagiado? No: se había ido por su propia voluntad, después de haber meditado el viaje. La prueba no puede ser más concluyente. Es una carta, verdadera confesión de arrepentimiento para obtener el perdón de D. Ignacio, á quien llamaba con ternura “mi padre, mi guía, mi protector y mi amigo;” en la que le prometía: “Si usted se muere, muera seguro de que seré cuando más no pueda, el fiel criado de sus hijos.”

La carta fechada en París el 24 de Octubre de 1840, dice, además: “. . . y lo primero de que me ocurre hablar es de mi vergüenza y mi arrepentimiento, no de haberme venido, sino del modo con que lo hice. La resolución de venir, por disparatada que sea ó parezca, no me vino sino después de largas reflexiones; pero la pena que he causado á vd. por mi torpeza en efectuarla así, es lo que me avergüenza y mortifica.

“Aunque la natural sagacidad de vd., avivada por su cariño hacia mí, no le hubiera hecho conocer tan acertada y oportuna-mente la calidad de los sucesos, *yo no insistiría en hacer verosímil mi mal forjado cuento*, sin que me falten por tanto, datos de pequeños incidentes con que pudiera apo-

yar su verosimilitud, pretender su posibilidad y asegurar su realización. . . .”

Luego habla del mal estado de sus intereses, de sus apuros y prosigue: “. . . y el único medio que mi acalorada razón encontró, fué venirme. Esta idea, que me ocurrió en los últimos días de Enero, me fijó, porque me presentaba, al par que las ventajas de remediar mi posición, los medios de satisfacer este deseo tanto tiempo ha formado y que no debía realizar, si consultaba la prudencia ordinaria de la vida. No fué, pues, el solo deseo de aprender, como vd. supone benignamente, lo que me movió. . . . Una vez lejos de mi patria—me decía yo—puedo pasarme en el rango á que mis desaciertos me obligan á tomar aquí, adquirir el hábito del trabajo que nunca he tenido arraigado y que la falsa prosperidad de los últimos años me ha hecho perder, y dar lugar á que las economías de la hacienda en un tiempo largo, sean capaces de balancear mis despilfarros. Conseguido esto, volveré á mi país, le seré útil con lo que haya aprendido; la solidez que mis principios adquirirán en la infalible escuela de la desgracia, me hará guardar una conducta honrada que me concilie mis acreedo-

res, me forme buenos amigos y haga olvidar mis antiguas faltas; presentado de nuevo en mi antiguo teatro como un hombre que ha sufrido, nadie interpretará mal la mudanza que me propongo en mi carácter.

“ . . . Una melancolía profunda, un aire abatido y una continua distracción alarmaron á mis conocidos, y aun hubo pocos que no llegaran á preguntarme la causa. No dormía, no comía, me enfadaba la sociedad y la convicción de que había faltado á muchos deberes como heredero, como deudor y como corresponsal, me perseguía, como al asesino la sombra de su víctima. No hay, señor, peor tormento que el desprecio fundado de sí mismo.

“ . . . Hacer un testamento, era otro artículo que yo juzgaba indispensable por si la Providencia disponía de mis días. . . .

“Restábame procurarme los medios de verificar el viaje, y aunque no tenía tlaco, la bolsa de Balbuena, la de Esteves y mis vecinos antiguos los Retanas, que me abonaron de un poco atrasado, me proporcionalon cerca de trescientos, único capital con que me aventuré. Pero esto apenas bastaba para llegar, dirá vd.; así era y así lo sabía yo; mas mi resolución de venirme no

era para darme una buena vida, sino para hacer una especie de penitencia provechosa; y creí que cuando hay una verdadera voluntad de trabajar, no puede morirse de hambre quien la tiene, y que llegando á París hallaría luego en qué ocuparme.

«..... así, le diré solamente que en la agonía de aquellos momentos (*hacer saber su partida á Blas Villanueva, encargado de Pateo, y á D. Ignacio*), pues con justicia puedo llamar así todo mi viaje, especialmente hasta Veracruz, no encontré otro medio que la *ridícula carta*.....

«La conveniencia de persuadir de que mi *venida era forzada es demasiado sensible.*

«Yo no preveía toda la pena que mi *venida* había de causar á usted.....

«Cuando salí de Querétaro, mis medidas estaban tan bien tomadas, que usted no hubiera sabido mi *desaparecimiento* sino al mismo tiempo que mi embarque, por las cartas que me proponía escribir, explicando, si no cómo, á lo menos en dónde estaba yo. Pero cuando me ví en esa ciudad, ya no pude resistir la violenta tentación que se apoderó de mí para ver á usted otra vez y tomar en mi interior una despedida que no puedo saber cuánto debe durar.....

«Llegado á Veracruz, me dirigí en efecto al Sr. Trigueros, como única persona que podía procurarme mi pase, y le conté no sé qué, para explicar por qué no lo traía de la capital. Tuve que comprar camisas, zapatos y algunos otros artículos para la travesía, lo que, gracias á los subidísimos precios del puerto, disminuyó bastante mis fondos; *armé una riña en la posada* por el excesivo precio que me cobraban, á pesar de que, previéndolo, había tomado en el entresuelo una cama en el *cuarto de los cocheros*: y pagué 180 pesos por mi pasaje en la primera cámara, pues no habiendo pasajeros para la segunda, no quisieron por mí solo establecer el servicio y fórmulas de ella. Como mi *curación* no podía ser tan violenta, todavía en el buque *hice una de las mías*. Perdimos en la segunda tempestad un marinero, que el mar arrebató de la proa, y no pudo salvarse y entonces promoví una subscripción para su familia (era hijo único de una viuda con hijas chicas), abriéndola con ocho pesos y tuve el gusto de que le produjera instantáneamente más de ciento, y en mí la convicción de que la beneficencia no consiste en *dar*, sino en *saber dar*. Pero por grande que ha sido la fal-

ta que me han hecho esos cuarenta francos, nunca me he arrepentido de haberlos gastado: y sí me arrepiento y mucho, de diez y siete pesos que en último resultado vine á perder en varios juegos de cartas á que contra mis ideas ayudé en la travesía. En toda ella tuve la fortuna no sólo de no desmentir el carácter de humildad y sencillez que tomé desde el principio, para que no se extrañara mi pobreza, sino también atraerme á pesar de ella el cariño de toda la tripulación y pasajeros; no habiendo tenido con ninguno discusión ni desavenencia que no faltaron por tanto entre los otros, de manera que llegué á ser término medio de todas las diferencias.”

El 19 de Junio, había visitado á Bicetre y dominado por sus impresiones, escribía á su tutor el día 20 del mismo mes de 1840: “. . . he venido encantado de los adelantos europeos, envidioso de verlos en mi patria y muy contento al mirar tan aliviada nuestra pobre especie.”

A poco tiempo de volver á la patria el querido y sabio hacendado, llegó de Europa á Pateo una remesa de libros. Allí en su retiro, especie de refugio de los necesitados, pasaba, para distraer su grande y hermoso

espíritu, del trabajo intelectual al del agricultor: y su genio para el bien comenzó á derramar bondades infinitas.

II

Su primer paso á la vida pública es haber ido á Veracruz, para presentarse de voluntario el año de 1838, cuando la *guerra de los pasteles*, al ser avistada la escuadra francesa en Ulúa; pero tiene noticias de los tratados de paz y regresa á Pateo, donde había dejado en completo abandono sus intereses por la defensa de la patria.

En 1842 sale electo representante al Congreso General, que convocó el Gobierno de Santa-Anna en respeto á la cuarta base de Tacubaya. Su fin era muy elevado: el organizar políticamente la República. Algunos diputados no admitían la Constitución de 24, otros ni una novación de ella, para llenar las fórmulas del momento. Ocampo, á la cabeza de un grupo liberal, quería que se expidiera una carta fundamental enteramente distinta, á la altura de las ideas modernas, en armonía con la verdadera forma de gobierno representativo popular.

Predicaba la libertad de cultos y la enseñanza laica, tales como más tarde, andando el tiempo y madurando las ideas progresistas, se formularon en la Constitución de 57.

En Agosto de ese año, hablaba en el Congreso de "la fuerza pública degenerada en oficio. Un pueblo libre y un ejército permanente son elementos de pugna y de conflicto; el gran problema es mantener su equilibrio. Este sólo puede esperarse cuando las ordenanzas sean tales, que los soldados no olviden que son ciudadanos. . . .

"Hay una situación violenta en la que no se distinguen ni ciudadanos ni derechos sociales: tal es la del imperio de los tiranos. En él sólo existen dos clases: satélites armados y súbditos abyectos que los sufren. La fiebre atormenta entonces una parte del cuerpo político, mientras que la asfixia sofoca la otra.

"La fuerza es una cosa necesaria, pero del modo con que se halla organizada entre nosotros, es también una cosa terrible.

"La milicia ha llegado entre nosotros á ser casi el único objeto de la sociedad. Ella ocupa los primeros puestos del Estado, ella ha llegado á ser *autoridad pública*. . . .
"Nada son la virtud ni la ciencia, si no han